

D. Carlos Vargas

10 cts.

REPRODUCCION

Compte

Tomo III, N.º 42

56
4257 rep
C.R.

Administración y primer lugar de venta: Botica de La Dolorosa.

Precio: 10 céntimos el ejemplar de 24 páginas.

Descuento a los compradores de 10 o más ejemplares de una misma fecha: 25 %.

Venta por menor: Librería de Tormo, Avenida Central, frente al Banco Mercantil

Reproducción

Tomo III — Número 42 — 1º de Octubre de 1920

Director: Elías Jiménez Rojas

Apartado 230 — San José, Costa Rica

Retrato de Bolívar

Bolívar tenía la frente alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad, indicio de pensador. Pobladas y bien formadas las cejas. La nariz larga y perfecta. Tuvo en ella un pequeño lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820, dejando una señal casi imperceptible. Los pómulos salientes, las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818. La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz, al superior, era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos; cuidábalos con esmero. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo muy negro, fino y crespo; lo llevaba largo en los años de 1818 a 1821, en que empezó a encanecer, y desde entonces lo usó corto. Las patillas y bigotes rubios; se los afeitó por primera vez en el Potosí en 1825. Su

estatura era de cinco pies seis pulgadas inglesas. Tenía el pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados; una mujer los habría envidiado. Su aspecto cuando estaba de buen humor, era apacible; pero terrible cuando irritado; el cambio era increíble. Bolívar tenía siempre buen apetito, pero sabía sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conocedor de la buena cocina, comía con gusto los sencillos y primitivos manjares del llanero o del indio. Era muy sobrio; sus vinos favoritos eran "Grave" y "Champaña"; ni en la época en que más vino tomaba le ví beber más de cuatro copas de aquél o dos de éste. Cuando se servía llenaba él mismo las copas de los huéspedes que estaban a su lado.

Hacía mucho ejercicio. No he conocido a nadie que soportara como él las fatigas. Después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, le he visto trabajar cinco o seis horas, o bailar otras tantas con aquella pasión que tenía por el baile. Dormía cinco o seis horas de las veinticuatro, en hamaca, en catre, sobre un cuero, o envuelto en su capa en el suelo y a campo raso, como pudiera sobre blanda pluma. Su sueño era tan ligero y su despertar

tan pronto, que no a otra cosa debió la salvación de la vida en el "Rincón de los Toros." En el alcance de la vista y en lo fino del oído no le aventajaban ni los llaneros. Era diestro en el manejo de las armas y diestrísimo y atrevido jinete, aunque no muy apuesto a caballo. Apasionado por los caballos, inspeccionaba personalmente su cuidado, y en campaña o en la ciudad, visitaba varias veces al día las caballerizas.

Muy esmerado en su vestido y en extremo aseado, se bañaba todos los días, y en las tierras calientes hasta tres veces al día. Detestaba a los borrachos y a los jugadores, pero más que a éstos a los chismosos y embusteros. Era tan leal y caballeroso, que no permitía que en su presencia se hablase mal de otros. La amistad era para él sagrada. Confiado como nadie, si descubría engaño o falsía, no perdonaba al que de su confianza hubiese abusado.

Su generosidad rayaba en lo pródigo. No sólo daba cuanto tenía suyo, sino que se endeudaba para servir a los demás. Pródigo con lo propio, era casi mezquino con los caudales públicos. Pudo alguna vez dar oídos a la lisonja, pero le indignaba la adulación.

Hablaba mucho y bien; poseía el raro dón de la conversación y gustaba de referir

anécdotas de su vida pasada. Su estilo era florido; sus discursos y sus escritos están llenos de imágenes atrevidas y originales. Sus proclamas son modelo de elocuencia militar. En sus despachos lucen a la par de la galanura del estilo la claridad y precisión. En las órdenes que comunicaba a sus tenientes no olvidaba ni los detalles más triviales; todo lo calculaba, todo lo preveía. Tenía el dón de la persuasión y sabía inspirar confianza a los demás. A estas cualidades se deben, en gran parte, los asombrosos triunfos que obtuvo en circunstancias tan difíciles, que otro hombre sin esas dotes y sin su temple de alma se habría desalentado. Genio creador por excelencia, sacaba recursos de la nada. Grande siempre, éralo en mayor grado en la adversidad. "Bolívar derrotado era más terrible que vencedor," decían sus enemigos. Los reveses lo hacían superior a sí mismo.

En el despacho de los negocios civiles, que nunca descuidó ni aun en campaña, era tan hábil y tan listo, como en los demás actos de su vida. Meciéndose en la hamaca o paseándose, las más veces a largos pasos, pues su natural inquietud no se avenía con el reposo; con los brazos cruzados, o asido el cuello de la casaca con la mano izquierda, y el índice de la derecha sobre el labio

superior, oía a su secretario leer la correspondencia oficial y el sinnúmero de memoriales y cartas particulares que le dirigían. A medida que leía el secretario iba él dictando su resolución a los memoriales, y esta resolución era, por lo general, irrevocable. Dictaba luego, y hasta a tres amanuenses a la vez, los despachos oficiales y las cartas, pues nunca dejaba una sin contestar, por humilde que fuese el que la escribía. Aunque se le interrumpiese mientras dictaba, jamás le oí equivocarse ni turbarse para reanudar la frase. Cuando no conocía al corresponsal o al solicitante, hacía una o dos preguntas. Esto sucedía muy rara vez, porque, dotado de prodigiosa memoria, conocía no sólo a todos los oficiales del ejército, sino a todos los empleados y personas notables del país.

Gran conocedor de los hombres y del corazón humano, comprendía a primera vista para qué podía servir cada cual; y en muy rara ocasión se equivocó.

Leía mucho, a pesar del poco tiempo que sus ocupaciones le dejaban para la lectura. Escribía muy poco de su puño, sólo a los miembros de su familia o a algún amigo íntimo; pero al firmar lo que dictaba, casi siempre agregaba uno o dos renglones de su letra.

Hablaba y escribía francés correctamente, e italiano con bastante perfección; de inglés sabía poco, apenas lo suficiente para entender lo que leía. Conocía a fondo los clásicos griegos y latinos que había estudiado, y leía siempre con gusto en las buenas traducciones francesas.

Los ataques que la prensa dirigía contra él lo impresionaban en sumo grado; y la calumnia le irritaba.

Hombre público por más de veinte años, su naturaleza sensible no pudo nunca vencer esta susceptibilidad, poco común en hombres colocados en puestos eminentes.

Tenía alta opinión de la misión sublime de la prensa, como fiscal de la moralidad pública y freno de las pasiones.

Al buen uso que de este medio civilizador se hace en Inglaterra, atribuía él la grandeza y moralidad del pueblo inglés.

(Escritos póstumos de O'Leary)

Tomado del "Diario de Bucaramanga", escrito por el prócer de la independencia de Colombia, General Luis Peru de La Croix, francés, quien como empleado del Estado Mayor, acompañó al Libertador Simón Bolívar durante la permanencia de éste en Bucaramanga, cuando la Convención de Ocaña; obra publicada por primera vez con una introducción y notas por Cornelio Hispano.

DIA 10 (DE MAYO DE 1828)

Después de la comida, el Libertador salió a pie; sólo Wilson y yo lo acompañamos. Me preguntó en qué año había nacido, y le contesté que en el de 1780. "Yo pensaba, dijo, ser de la misma edad de usted, y tengo tres años menos, porque nací en 1783, y parezco más viejo que usted. ¿Cuántas veces se ha casado usted?"—Una, señor, le contesté, y fué en el año de 1825, con la mujer que tengo.—"Usted, pues, dijo S. E., se casó a los 45 años; esta es la verdadera edad en que debe casarse el hombre. Yo no tenía 18 cuando lo hice en Ma-

drid, y enviudé en 1801, no teniendo todavía 19 años. Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo." (1)— Ni Colombia, ni el Perú, le repliqué, ni toda la América del Sur estuvieran libres, si V. E. no hubiera tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su independendia.—“No digo eso, prosiguió S. E., porque yo no he sido el único autor de la revolución, y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente, y porque el ambiente de mi fortuna no hubiese perjudicado la fortuna de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia. Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones fueron las que me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad

(1) Pueblo de los Valles de Aragua donde tenía su hacienda el Libertador.

de mi imaginación me lo han hecho seguir y me han mantenido en él. Huérfano a la edad de 16 años, y rico, me fuí a Europa, después de haber visitado México y la ciudad de La Habana, y fué entonces cuando en Madrid, bien enamorado, me casé con la sobrina del viejo marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza; volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación. Muerta mi mujer, y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía, y yo seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el

que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre su cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fué la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que le libertase; pero ¡cúan lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme de que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que representaría el primer papel en aquel grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creerse que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia, ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Veán, pues, ustedes, si ha influído o no sobre mi suerte."

DIA 11.

Poca gana tenía el Libertador de ir a dormir, y continuó conversando. Habló de la masonería, diciendo que también él había tenido la curiosidad de hacerse iniciar para ver de cerca lo que eran aquellos misterios, y que en París se había recibido de Maestro, pero que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella antigua asociación; que en las Logias había encontrado algunos hombres de mérito, bastantes fanáticos, muchos embusteros y muchos más tontos burlados; que todos los masones se asemejan a unos niños grandes jugando con señas, morisquetas, palabras hebraicas, cintas y cordones; que, sin embargo, la política y los intrigantes pueden sacar partido de aquella sociedad secreta; pero que en el estado de civilización de Colombia, de fanatismo y de preocupaciones religiosas, no era político valerse de la masonería, porque para hacerse él de algunos partidarios en las Logias se hubiera atraído el odio y la censura de toda la Nación, movida entonces contra él por el clero y los frailes que habrían aprovechado aquel

pretexto; que por lo mismo, poco podía hacerle ganar la masonería, y mucho perder en la opinión.

DIA 17.

.....

Durante la comida, nada se dijo sobre política, y la conversación general no ha ofrecido nada interesante que referir. Después de comer, S. E. se sentó en su hamaca diciendo que no tenía ganas de pasear; todos se fueron y sólo yo me quedé con él.

Pasados algunos momentos de conversación en materias filosóficas sobre el sistema del alma, S. E. dijo que los filósofos de la antigüedad habían divagado a su gusto al rededor de ella y que muchos modernos los habían imitado. "No gusto, continuó, entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre, continuó, tiene un cuerpo material con una inteligencia, representada por el cerebro, igualmente material, pues según el estado actual de la ciencia, no

se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese, pues, este producto inteligencia, espíritu, poco importa, ni vale la pena disputar sobre ello; para mí, la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del alma. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay más secreción de inteligencia.

“Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones en materia de Elíseo y de Fánaro o Tártaro, y mis ideas sobre las ficciones sagradas que preocupan todavía tanto a los mortales”.—Esa filosofía, señor, dije al Libertador, es muy elevada y no veo muchos hombres en este país capaces de elevarse hasta ella.—“El tiempo, amigo mío, replicó S. E., la instrucción, las des preocupaciones que vienen con ella, y una cierta disposición en la inteligencia irán poco a poco iniciando a mis paisanos en las cosas naturales, quitándoles aquellas ideas y gusto por las sobrenaturales.”

DÍA 24

.....
Toda la mañana y por la tarde el Liber-

tador estuvo ocupado en leer y contestar la multitud de cartas que había recibido, y en la comida habló de su contenido. Después habló de la servidumbre del pueblo, siempre oprimido por los militares, clérigos, abogados y doctores, y dijo que eso sucedería aun con la Constitución más democrática, porque depende de la poca educación y de las costumbres; que en Colombia hay una aristocracia de rango, de riqueza y de empleos, equivalente por sus pretensiones a la aristocracia de título y de nacimiento en Europa; pero que las leyes y la educación irían poco a poco estableciendo el equilibrio social.

DÍA 6 (DE JUNIO DE 1828)

.....

Después de comer fuimos a dar un paseo por las calles, y entramos por casualidad en la iglesia, en medio de la cual se veía un angelito muy bien vestido y adornado con muchas flores. S. E. se detuvo por unos instantes a mirar aquel niño que la muerte había segado tan temprano; luego se puso a observar algunos cuadros de santos y santas y a criticar las pinturas que, efectivamente, son lo peor que puede haber, y

dijo: "¡Lo que es el pueblo! Su credulidad e ignorancia hace de los cristianos una secta de idólatras. Echamos pestes contra los paganos porque adoraron las estatuas, y nosotros, ¿qué es lo que hacemos? ¿No adoramos como ellos pedazos de piedra, de madera, groseramente esculpidos, retazos de lienzos mal embadurnados, como estos que acabamos de ver, y como la tan reputada Virgen de Chiquinquirá, que es la peor pintura que yo haya visto, y quizás la más reverenciada en el mundo y la que más dinero produce? ¡Ah, sacerdotes hipócritas e ignorantes! En estas dos clases los pongo a todos: si están en la primera, ¿por qué el pueblo se deja dirigir por unos embusteros? Y si están en la segunda, ¿por qué se dejan dirigir por unos bestias? Conozco a muchos que me han dicho: "Soy filósofo para mí sólo o para unos pocos amigos, y sacerdote para el vulgo." Profesando tales máximas afirmo yo que dejan de ser filósofos para tornarse en charlatanes." Continúo S. E. diciendo que el estado actual de las luces dejaba a muy pocos engañados en estas materias; que los hombres racionales no discutían ya principios, dogmas y misterios, cuyos cimientos eran reconocidamente falsos y que, por lo mismo, se sabía que eran hijos de la superstición y la

impostura “¡Pero qué impudencia todavía por parte de nuestros empíricos sagrados! No puedo recordar sin risa y sin desprecio el edicto en que me excomulgaron, a mí y a todo mi ejército, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, doctores Pey y Duquesne, el día 3 de diciembre del año 14, afirmando que yo venía a saquear las iglesias, a perseguir a los sacerdotes, a destruir la religión, a violar las vírgenes y a degollar a los hombres y a los niños, y todo esto para retractarlo públicamente con otro edicto, en el que, en lugar de pintarme como impío y hereje, como lo habían hecho en el primero, confesaban que yo era un buen y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lección para los pueblos! Nueve o diez días de intervalo hubo entre aquellos dos edictos. El primero se dió porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso general, y el segundo, porque había entrado victorioso en aquella capital. Nuestros sacerdotes tienen todavía el mismo espíritu, pero el efecto de las excomuniones es nulo ahora; las fulminan sin otro resultado que el de aumentar su ridículo, mostrar su impotencia y aumentar cada día el desprecio que merecen.”

El Libertador prosiguió diciendo que todo esto lo decía como pensador y que tales

eran sus ideas como particular, como hombre, pero que, como ciudadano, respetaba las opiniones recibidas, y como Jefe del Estado había protegido y siempre protegería la religión católica que es, puede decirse, no sólo dominante sino universal en Colombia; que entre sus ministros había como en todos los países, excelentes, mediocres y perversos; que estos últimos se encontraban más a menudo entre los frailes, y a veces entre los curas; que en el alto clero había buena moral, buenos ejemplos y virtudes, y que la desmoralización estaba relegada principalmente en los conventos de hombres; que en los de monjas sólo se veía pureza, virtudes y moral ejemplar. S. E. continuó diciendo: "El arzobispo de Bogotá, el señor Caicedo, es un santo varón, un viejo patriota, un hombre de excelentes y sencillas costumbres que vive persuadido de la verdad de su religión y habla de ella con buena fe y sin hipocresía; lo mismo puede decirse del arzobispo de Caracas, doctor Méndez; éste es, además, un valiente; con nosotros hizo la guerra en los llanos, y la patria le debe grandes servicios; ambos tienen convicciones y erudición teológica; pero hasta allí llega su ciencia. Los obispos de Mérida y Popayán, señores Lazo y Jiménez, son hombres muy diferentes.

El último ha servido a su rey haciendo atrocidades en Colombia, es el crinal autor de toda la sangre que ha corrido en Pasto y todo el Cauca, es un hombre abominable y un indigno ministro de una religión de paz: la humanidad debe proscribirlo. El primero no se ha manchado con tales horrores, no es un gran criminal, aunque sí se ha hecho delincuente para con el gobierno de la República; ambos son hipócritas y sin fe."

DÍA 9

.....

S. E. continuó la conversación diciéndome que seguiría su marcha al amanecer, y que iría a dormir a los Santos, pequeño pueblo distante cinco o seis leguas de Piedecuesta, en la altura del Chicamocha o Sube, y sobre la ribera derecha de dicho río; que al día siguiente iría a San Gil, y, al otro, a la ciudad del Socorro, de donde me escribiría. "Si yo creyera en los presentimientos, no regresaría a Bogotá, porque algo me está diciendo que allí me pasarán cosas malas y fatales; pero al mismo tiempo me pregunto qué es lo que llamamos presentimientos, y mi razón contesta: un capricho o un extravío de nuestra imaginación; ideas, las

más de las veces, sin fundamento, y no advertencias seguras de lo que ha de suceder; porque no doy a nuestra inteligencia, o si se quiere al alma, la facultad de antever los acontecimientos y de leer en lo futuro. Confieso sin embargo, que en ciertos casos nuestra inteligencia puede juzgar que si hacemos tal o cual cosa, que si damos tal o cual paso, nos resultará un bien o un mal, pero es esto caso aparte, y por lo mismo repito que no creo que ningún movimiento, ningún sentimiento interior pueda pronosticarnos con certéza los acontecimientos venideros; por ejemplo, que si voy a Bogotá hallaré allí la muerte, una enfermedad o cualquier otro accidente funesto. No hago caso, pues, de tales presentimientos; mi razón los rechaza, cuando sobre ellos no puede mi reflexión calcular las probabilidades o que éstas están más bien en su contra. Sé que Sócrates, otros sabios, y varios grandes hombres no han despreciado sus presentimientos, que los han observado y han reflexionado sobre ellos, y que más de una vez han dejado de hacer lo que hubieran hecho sin ellos; pero tal sabiduría yo la llamo más bien debilidad, cobardía o, si se quiere, exceso de prudencia, y digo que tal resolución no puede salir de un espíritu enteramente despreocupado. Dicen que

Napoleón ha creído en la fatalidad porque tenía fe en su fortuna, que llamaba su *buen* *estrella*; él se ha disculpado de aquella ridícula acusación probando que no era fatalista, y que el haber mentado su estrella no era creer ciegamente en una cadena de destinos prósperos que le estaban reservados. No hacía caso de las predicciones. En el año 12, al pasar el Niemen para abrir la campaña de Rusia, su caballo cayó en la orilla del río, y él sobre la arena; una voz dijo: "Mal presagio, un romano retrocedería." Napoleón no volvió atrás, siguió su campaña, que fué un desastre para su ejército, para Francia y para él. Mas ¿qué prueba esto? Nada; la caída fué una casualidad, y sólo un loco, un fanático o un imbécil podrían mirarla como un aviso de la Divinidad sobre los fatales resultados de aquella empresa.

"César al desembarcar, cayó igualmente sobre la arena, en la orilla del mar, en presencia de todo su ejército; pero quedó bien, diciendo que voluntariamente se había arrojado al suelo para saludar la tierra, y así exclamó: "¡Oh tierra, te saludo!" Sus hados fueron prósperos a pesar de su caída que muchos habrían tomado por un funesto presagio.

"Los verdaderos filósofos no hacen caso

de los presentimientos, ni creen en los presagios; pero el que manda debe tratar de destruir sus efectos sobre los hombres crédulos, como lo hizo Julio César.

“En el año 17, después de la segunda expedición sobre Venezuela, y antes de emprender la de Guayana, los españoles me derrotaron en Clarín dos o trescientos reclutas, a cuya cabeza me hallaba, y corrió la voz de que yo era desgraciado y que todo me salía mal. Poco después, estando yo en Guayana, se presentaron los españoles y comprendí que me convenía dar la batalla que me ofrecían; llamé entonces al general, Piar, y lo encargué de dirigirla en persona, porque todavía no se había borrado la impresión de mi última derrota; no cedí, en esto, a presentimiento alguno, y sólo tuve en mira el de mis oficiales, que hubiera podido influir desfavorablemente en el éxito del combate. Piar ganó la batalla, se borraron las ideas que habían nacido sobre mi mala suerte, volví a dirigir batallas, a ganarlas y a perder algunas, y todos confiaron siempre en mi buena fortuna.

- “Sócrates llamaba *Demonio* a sus presentimientos; yo no tengo tal *Demonio*, porque poco me ocupo de ello. Estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos por un velo impenetrable, y tengo

por un imbécil o por un loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe, y teme por su vida porque ha tenido tal o cual sueño; porque cierta impulsión aventurera de voluntad, manifestada con la ausencia de su razón, le ha presentado un peligro futuro; porque, en su interior, algo le ha dicho no hacer tal o cual cosa, no ir más adelante y volver atrás, no dar la batalla un viernes o un domingo, sino otro día, no dormir sobre el costado izquierdo sino sobre el derecho, y, finalmente, otras tonterías semejantes. Los pocos ejemplos que se me podrían citar para combatir mi opinión son frutos del acaso y, por lo mismo, no pueden convencerme. Entre millones de presentimientos y de sueños, la casualidad sólo ha hecho que unos muy pocos se hayan realizado, y se citan estos últimos y no los primeros. Centenares de millones han salido fallidos, y no se habla de ellos; un ciento o dos han salido verdaderos, y sólo se citan éstos. Tal es el espíritu humano: amigo y amante de lo sobrenatural y la mentira, e indiferente ante la Naturaleza y la Verdad.”

Miscelánea

Admitido el principio de la *cascada económica*, según el cual el pago de los impuestos va pasando de mano en mano hasta recaer indefectiblemente sobre el productor, y ésto sea cual fuere la naturaleza de dichos impuestos, ¿no es la equidad en su recaudación lo que ante todo hay que buscar? ¿Y no son los impuestos más indirectos posibles los únicos que pueden ser equitativos, precisamente porque en su establecimiento no entra ninguna *consideración de personas*?

*

Todo servicio público debe ser justamente retribuído. El número de empleados del Estado debe ser reducido al mínimo, pero la posición económica de cada empleado debe ser por lo menos igual a aquella de que podría gozar si se hubiera dedicado al comercio, a la industria o a cualquier otro servicio privado. Mientras no suceda así, el servicio estatal será a la par el más costoso y el más ineficaz.

—Entendido. ¿Pero no pueden existir cargos *ad honórem*?

—Seguro, con tal de que sean singularmente HONORÍFICOS, ya que un alto honor

es también una paga. Lo extraño y ridículo es que se confunda oficialmente la expresión *ad honórem* con la expresión *de balde*, y se multipliquen luégo día a día las juntas de salubridad, de educación, etc., sin facultades ostensibles, supeditadas en todo lo principal, ruedas supernumerarias, verdaderas tertulias en el mejor de los casos, cuyos miembros son invitados a trabajar "ad honórem" en descargo de quienes realmente perciben sueldo y honra.

—Sin embargo, son muchas las personas que desempeñan con gusto esos cargos.

—Lo sé. Unas, porque de ellos saben sacar partido. Y otras, por *jugar al gobierno*: llamarse presidente, secretario, tesorero; pedir la palabra, hacer moción, dar un campanillazo, levantar la sesión, pasar una circular, visitar en cuerpo, etc., etc. Este juego encanta a muchos; no piense Ud. que sólo a los niños, a las señoras o a los artesanos.

E. J. R.

IMPRESA GREÑAS

Calle 4.^a Sur, entre Avenidas 4.^a y 6.^a

A 125 varas del Parque Central



Impresiones de toda clase

Especialidad en

TRABAJOS COMERCIALES